

El Americanismo EN LA CASA DE MI ABUELO

JOSE CORONEL URTECHO

El más antiguo de mis recuerdos en que figuran los Estados Unidos, se confunde con el lejano y casi mitológico que guardo de mi padre pues se refiere a un hecho sucedido poco antes de su muerte, cuando tendría yo a lo más cuatro años. Aquel niño que hoy miro casi como si fuera otra persona distinta de la mía, estrenaba esa tarde de hace ya medio siglo, una blusa de marinero en cuya pechera lucían entrelazadas dos banderitas bordadas en seda: la de las barras y las estrellas y la de Nicaragua. Veo a mi padre todavía —alto, frenético, demudado— blandiendo, amenazante, en la mano derecha unas tijeras descomunales, cogiéndome con la izquierda por la parte ofensiva de la blusita marinera y recortando con increíble celeridad, de un solo tijeretazo, exactamente el trocito de tela en que estaba bordada la *banderita norteamericana*, y todo aquello entre mis gritos de terror ante la insólita agresión que sólo he comprendido con los años y que nunca he olvidado. Las voces o exclamaciones de mi padre en aquel momento, el vehemente sermón con que seguramente trataría de aprovechar mi espantosa impresión del suceso para imprimir en mí a perpetuidad el horror de aquel símbolo de la bandera norteamericana entrelazada con la nuestra, lo que significaba para él la abdicación de nuestra independencia, la venta de nuestra patria, sí acaso hubo algo de eso, no quedó registrado en mi memoria.

Los políticos liberales contemporáneos de mi padre —y él era de los más puros representantes del liberalismo centroamericano en Nicaragua— vivían enfurecidos, en vigilante alarma y moralmente con el rifle al hombro, por la política del "manifest destiny" que había arrebatado a México inmensos territorios— ¿no era acaso por eso que a mi padre le entusiasmaba la novela "Ramona" de Helen Hunt Jackson en que se relataba con simpatía la suerte de las familias hispanomexicanas desposeídas de California?— como también convertido en colonias norteamericanas a Puerto Rico y Las Filipinas y que en ese momento parecía agravarse y extenderse a Centro y Suramérica con la política del "Big stick" del primer Roosevelt, el "futuro invasor" de la soberbia oda de Rubén Darío. Por ese entonces los conservadores solicitaban y obtenían en pequeñas dosis la ayuda norteamericana para derrocar la dictadura liberal de Zelaya. Hombre de un patriotismo al rojo y cuya sensibilidad a este respecto se deja adivinar por el episodio de la banderita, mi padre se imaginaba, al parecer, que si triunfaban los conservadores, los Estados Unidos convertirían a Nicaragua en otra de sus colonias, como luego tal vez a toda Centro América, y solía decir, según me han referido amigos suyos, que prefería quitarse la vida a soportar aquella humillación. Para esa clase de liberales ya desaparecida, el conflicto con la política imperialista de Norteamérica

significaba una cuestión de vida o muerte. Con una trama diferente, ya se trataba, en realidad, de la misma cuestión que se plantea, por ejemplo, en la novela "El Problema" del escritor guatemalteco Máximo Soto Hall.

En la casa de mi abuelo materno, donde viví desde la muerte de mi padre, existía por el contrario, un ambiente de admiración y hasta de culto a todo lo "americano" —como se ha llamado siempre entre nosotros a lo norteamericano, cuando queremos evitar el uso popular de la palabra "yanki", que, además de inexacta, es despectiva, pero, sobre todo, porque, en el fondo, tal vez sin darnos cuenta, queríamos indicar que únicamente lo de los Estados Unidos era de veras para nosotros, como para ellos, "americano", y nosotros, en realidad, éramos otra cosa, todavía españoles o europeos de América, cuando no meros indios o mezcla de indios y españoles, o si se quiere, centroamericanos, y no ese pueblo nuevo, esa nueva manera de ser y de vivir y concebir la vida y la sociedad, que son los Estados Unidos y solamente los Estados Unidos de América, verdadero principio de un Nuevo Mundo enteramente diferente del Viejo Mundo. Le dábamos y aún le damos a la palabra "americano" aplicada a personas y cosas, el sentido exclusivo que en los Estados Unidos tiene la palabra "american". Todo lo "americano" gozaba de prestigio, porque en la casa de mi abuelo todos eran americanistas. Aunque ésta era una casa tradicional, profundamente conservadora, donde aun se conservaban la mayoría de las costumbres coloniales, circulaban por ella aires renovadores y lo "americano" representaba el progreso, la prosperidad económica, el porvenir. Como se decía, recién pasada la última guerra, un futuro mejor.

Yo no me daba cuenta entonces de nada de eso, aunque lo intuía de un modo vago, puesto que algo recuerdo. No comprendía, es claro, —y ni siquiera me planteaba el problema— por qué los liberales, como mi padre, eran "antiyankistas" y, en cambio, los conservadores, como los que visitaban la casa de mi abuelo, mostraban sin excepción ser entusiastas americanistas. La cosa resultaba, según la veo ahora, sumamente compleja, y para hacerla comprensible sin entrar en detalles, no hay más remedio que simplificarla hasta hacerla caber en unas cuantas frases. Aunque los liberales centroamericanos amaban los ideales de la Revolución Norteamericana y los principios de la Constitución de los Estados Unidos, tantas veces imitada por ellos, aunque se confesaban admiradores de Washington y, en realidad, admiraban a Franklin y a Jefferson, como también a Lincoln, no derivaban principalmente ni dependían de aquella tradición intelectual y emocional, sino que procedían en línea recta de la actitud liberal revolucionaria, emanci-

padora de Centro América, que debía hasta cierto punto su espíritu y su talante a la Revolución Francesa, pero, como hecho histórico, se alimentaba de la realidad exclusivamente centroamericana y radicalmente nacionalista del unionismo de las cinco repúblicas. La tradición, digamos, de Morazán, de los coquimbos y de Jerez. Lo que a los liberales de esa estirpe les interesaba era la Independencia de Centro América, no sólo conservarla sino también hacerla una realidad para las masas, continuar por lo tanto, la tarea emancipadora en la conciencia del pueblo centroamericano; darle a este mismo pueblo cada vez más independencia política, religiosa, social y económica; desatarlo o soltarlo de las instituciones tradicionales, tanto políticas como eclesiásticas y domésticas; educarlo, en una palabra, para la libertad, porque esos hombres o por lo menos algunos de ellos, eran en realidad, apóstoles liberales y demócratas místicos, con un sentido religioso de la acción popular, que estaban convencidos, o casi no dudaban, de que por la boca del pueblo centroamericano hablaría algún día el Espíritu. Tal era ya, según parece, en ciernes por lo menos, uno de los misterios más nebulosos de su fe laica. Por eso no encontraban contradictorio utilizar la dictadura de Barrios o de Zelaya para educar liberalmente al pueblo, y por eso también aborrecían a los Estados Unidos, cuya política exterior amenazaba la Independencia de Centro América. Y por eso, además, al mismo tiempo que rechazaban la tradición institucional y eclesiástica española, cultivaban —mi padre por lo menos— la tradición literaria y aún cultural de España con un esmero casi purista y académico. El liberalismo de aquella generación, lejos de estar reñido con el hispanismo, buscaba en éste un medio para fortalecer la nacionalidad y defenderse de la influencia norteamericana.

A los conservadores no les interesaba esa actitud, y ni siquiera parecían comprenderla. Eran tradicionales y aun tradicionalistas, porque la tradición se confundía para ellos con su propia manera de ser, representaba su calidad de señores principales, significaba su bienestar individual y familiar dentro de la única forma de sociedad que concebían: la patriarcal; y si deseaban la libertad, como efectivamente la deseaban, era para que todo siguiera su curso natural, normal y conocido, sin reformas tiránicas, como las practicadas por el gobierno de Zelaya; de modo que veían en el gobierno Americano, un posible aliado para garantizar sus viejas libertades de los Treinta Años amenazadas por los reformadores liberales, y sobre todo un socio comercial con cuya cooperación aumentarían su propia fortuna y la del país. No faltaban entre los conservadores quienes pensaban que, garantizadas estas cosas, todas las otras —hasta la misma Independencia, posiblemente— resultaban en cierto modo secundarias o de escasa importancia. Los granadinos, en general, eran señores prácticos, con criterio mundial y civilizado, no radicales místicos, ni provincianos centroamericanistas, como los liberales. Estos eran considerados por los primeros como atrasados. Moncada fue, en efecto, el que "civilizó" a los liberales en este sentido, y después, por supuesto, Somoza. En cambio para los conservadores de la primera década de este siglo, los Estados Unidos eran ya la primera Gran Potencia del futuro y los futuros constructores del futuro Canal de Ni-

caragua. Aun no habían perdido la inocencia, viviendo felizmente —como aun viven algunos benditos— en la Era del Optimismo, que terminó en 1914, casi treinta años antes de la Era Atómica y de la Epoca de la Angustia.

Supongo que las ideas que les atribuyo a los conservadores del año 10, serían más o menos las que estaban en boga en Granada, cuando, muerto mi padre, pasé a vivir a casa de mi abuelo. Por lo menos existía "la cuestión americana", una cuestión política peliaguda. Hablar de los Estados Unidos era hablar de política —discutir, alterarse, alzar la voz, y a menudo, pelear. Había que decidirse, tomar partido en pro o en contra, declararse amigo incondicional o acérrimo enemigo de Yankilandia. Con la instintiva repugnancia que ya sentía entonces por la política —a la que vinculaba la muerte de mi padre— por algún tiempo, creo, me fue desagradable hablar u oír hablar de ese país del que todos hablaban. No me fue dado sentir por él una sencilla simpatía humana, como hoy la siento, hasta que no aprendí a desvincularlo de la política y demás abstracciones, y ver en él cosas concretas, cosas como ciudades, paisajes, personas, libros, canciones, danzas y poemas.

Mi actitud personal hacia los Estados Unidos fue muchos años ambivalente: me encontraba atraído, casi diría fascinado, y al mismo tiempo repelido por ellos. Con todo y esa fascinación, y mi insaciable curiosidad y mi estudio incosante —y "cum amore"— de la literatura, las artes y la vida norteamericanas, que han sido en mí como una especie de vocación, casi como una profesión, en realidad no sé si he superado aquella ambivalencia. Pero en la casa de mi abuelo la superioridad de los Estados Unidos era uno de los dogmas que nadie discutía. Mi propio abuelo, cuya barba le daba un aire a Lincoln, era doctor en medicina graduado en Filadelfia en 1872, y conservó toda su vida un recuerdo casi sagrado, como una especie de veneración, una como filial admiración de aquel país cuyas virtudes eran entonces las que él mismo mostraba en su carácter sencillo, honesto, laborioso, frugal y humanitario, revestido de dignidad republicana. Virtudes, en ese tiempo, americanas, que aún suelen asociarse popularmente con Abraham Lincoln. Había en la bodega de la botica de mi abuelo, en lo que se llamaba el Cuarto de la Quirina, un esqueleto humano, que según los rumores corrientes entre los nietos, era el de una mujer de Filadelfia, bella en su tiempo, que había respondido al nombre de Carmencita, a quien los niños a veces adornábamos con cintas de colores en la calavera y a la que un día, con gran escándalo de los mayores, sacamos de paseo en una bicicleta al atrio de la iglesia contigua a nuestra casa. Muchas veces mi abuelo me habló de Filadelfia y otras ciudades americanas, pero olvidé las cosas que me contaba y me decía o las recuerdo mezcladas de ficción, como cuando creo acordarme de que una vez me hablaron del doctor Holmes, no desde luego del Magistrado, si no del médico y poeta, Oliver Wendell Holmes. Sé, sin embargo, como suelen saberse las cosas olvidadas, que mi abuelo miraba los Estados Unidos como un mundo moral y material muy superior a todo lo pasado, el ápice del progreso y, en cierto modo, la meta de la historia, un nuevo ensayo de vida justo, decente y racional, en el que

el hombre, advertido y auxiliado por la ciencia, no volvería a cometer los tremendos errores que cometió en Europa. El había viajado por Francia, Italia, España y otros países europeos, pero pensaba, si no recuerdo mal, que la cultura debía separarse de la miseria popular y de los crímenes, guerras, tiranías, insolencias, locuras, y demás plagas a las que andaba unida en aquel continente. Tenía, pues, el optimismo americano de su siglo, y su esperanza estaba puesta en los Estados Unidos y en lo que estos representaban para toda la América. Todas sus cinco hijas eran mujeres bellas e inteligentes, cada una de ellas con una personalidad inconfundible, con una gracia enteramente suya y sobre todo con una brillantez de lo más española. A la mayor la envió mi abuelo desde muy niña a un convento de monjas en Nueva York y de ahí, cuando mi tía era casi una señorita, a terminar sus estudios en otro convento de las mismas monjas en París. Si su objeto era americanizarla primero en los Estados Unidos y darle enseguida un barniz de cultura europea, como sospecho, se equivocó en los medios, porque el colegio de Nueva York, era además de convento de monjas, de monjas europeas, y por lo mismo, la mayor de mis tías ha sido una señora intelectual, escritora y conferencista, consagrada en su madurez al magisterio, pero siempre una dama de cultura europea tradicional, católica y latina, refractaria a todo exhibicionismo, siempre discreta, modesta, sencilla, siempre un poco perpleja en el revuelto ambiente nuestro, y no poco desconcertada ante las tendencias modernas de la vida norteamericana, que considera, creo, libertinas y bárbaras.

Mi madre recibió su educación extranjera solamente en París, no en los Estados Unidos como su hermana mayor, y a mí me transmitió desde mi infancia su gusto por lo francés. No olvido nunca los libritos pequeños y regordotes, ni los de tela parecidos a cuadernos —los clásicos de Hachette y de Garnier: Corneille, Racine, Molière, y sobre todo el La Fontaine— ni el Grand Larousse, cuyas figuras yo miraba con un asombro, con un placer, como sólo se sienten una vez en la vida. Hojeando aquellos libros y muchos otros —hasta las mismas piezas teatrales de La Petite Illustration— al correr de los años, sin darme cuenta, aprendí a leer francés, aunque no a hablarlo, con mayor gusto y facilidad que a leer en español, puesto que nadie me obligaba a hacerlo, ni me castigaban si no lo hacía. Cuando me pongo a recordar mis años infantiles, aún me parece oír a mi madre hablar de Jocelyn y repetir, con su trémula voz argentina, fragmentos de Le Lac y de El Crucifijo de Lamartine, cuyos versos románticos, de una armonía inmensamente dulce y evocadora, entendidos a medias, me abrían, como quien dice, una ventana a un paisaje ideal, proyectado en el ámbito del sueño, envuelto en una bruma de misterio en que todas las cosas, aun las más tristes, aun el mismo dolor, parecían hermosas. Fue por entonces, no sé en qué año, porque éstos y otros recuerdos están como apiñados en mi memoria sin separación de tiempo, cuando tuve mi primera noticia de la existencia de un poeta norteamericano. Había aparecido en La Revue des Deux Mondes, un artículo muy encomiástico sobre un tal Robert Frost y mi madre me hablaba de ello, mostrándome el artículo, con una especie de sorpresa regocijada, y me parece recordar que todos, no sé bien quiénes, pero se-

guramente varias personas, estábamos encantados de que hubiera un poeta en los Estados Unidos, además de Longfellow, claro, a quien todos debían conocer y admirar, puesto que ya no podría decirse, como algunos decían, que aquel país fuera de suyo y para siempre, no pasajeramente, como era de esperarse, dada su juventud, un país de banqueros y salchicheros millonarios, no más que práctico y mercantil, grosero y materialista, sin alma y sin poesía. Y yo leí el artículo sin entenderlo todo, pero sí lo bastante para retener el nombre del poeta y la impresión de que sus versos eran sobre los campos y los campesinos, y que uno de sus poemas se refería a un macizo de flores. Lo que me extraña y casi me parece imposible, es que no tengo memoria de haber oído entonces hablar de Poe, de tal manera que cuando conocí "El Cuervo" en la traducción de Pérez Bonalde, me imaginé que Poe era francés, como Lugné-Poe, cuyo nombre había leído, si no me equivoco, en La Petite Illustration.

Otra de las hermanas de mi madre, la más graciosa, la más brillante posiblemente, vivía por ese tiempo en Nueva Orleans, donde su esposo, un verdadero gentil-hombre, un legítimo "gentleman" nicaragüense formado en Boston, era el Cónsul de Nicaragua. Parecía que todos, en el pequeño mundo donde yo me desenvolvía, estuvieran vinculados de un modo u otro con los Estados Unidos. Un primo de mi madre, muy admirado en la familia por el prestigio intelectual y hasta político de que gozaba, y porque en realidad su talento igualaba a su simpatía, era ingeniero graduado de West Point, único entonces en Nicaragua. Debe haber sido en su juventud un lector de Longfellow realmente apasionado, pues me contaban que uno de sus motivos para casarse con la que fue su esposa, era que se llamaba Evangelina, pero aunque yo lo traté bastante durante cierto tiempo, sólo recuerdo haberle oído hablar de Shakespeare. Como otros primos de mi madre y algunos jóvenes granadinos de aquel entonces, sabía de memoria y recitaba a veces, largos pasajes de las tragedias del Gran Bill, y desde luego los famosos monólogos. Todos ellos habían estudiado en los Estados Unidos, los más en Fordham, pero como allá mismo sucedía en ese tiempo, casi sólo tenían idea de la literatura inglesa, y apenas conocían la norteamericana. La cuarta de las cinco hijas de mi abuelo, una morena de ojos verdes, simpatísimísima, toda cordialidad y vivacidad, a la que yo quería entrañablemente, no sólo por su encanto y su infalible generosidad, sino por nuestra mútua pasión por la lectura de novelas, que ella me fomentaba prestándome o contándome las que más le gustaban, era esposa de un hacendado de lo más persona, cuya modestia más bien trataba de ocultar su cultura, que no era poca, buen amigo de sus sobrinos, especialmente mío pues solía invitarnos a sus haciendas y prestarnos caballos; también él educado en los Estados Unidos, además de Europa, y yo recuerdo que me contaba numerosas anécdotas de su vida en Ann Arbour y de las lindas rubias americanas con quienes iba en el verano a nadar en la bahía, y esto me despertaba un natural deseo de hacerlo mismo, y me daba, ya desde entonces, la idea popular de Norte América, difundida más tarde por las películas de Mack Sennet, de un continente lleno de radiantes bañistas. La misma idea que tenía según refiere Waldo

Frank, el viejo fauno Anatole France. La menor de mis tías, la más linda de todas por la pureza y perfección de su fisonomía, pero no menos inteligente que las otras —las cinco, no cabe duda, eran mujeres superiores— tenía por marido a un hombre de ingenio vivo y de fácil palabra, tan talentoso como disertó, con vocación de literato, pero doctor en dentistería y de gran éxito y prestigio en su profesión, graduado también él en Filadelfia como mi abuelo, y medio "americano", como estaba a la vista no sólo por su apellido, sino, además, por las características raciales de su figura. Era hijo de un norteamericano del Medio Oeste, quien había seguido la ruta de los buscadores de oro y vivido sus años en San Francisco de California, donde fue íntimo amigo y compañero de Mark Twain, y emigró finalmente a Nicaragua donde contrajo matrimonio con una granadina perteneciente a una familia de inteligencias extraordinarias, aunque no siempre muy equilibradas. De estas familias, según parece, suelen nacer los genios y los hombres geniales, como es el caso de la aludida, en cuya descendencia aparecen personas como Salomón de la Selva. El tío a quien me refiero, estaba más enterado, como ocurría entonces, de la literatura inglesa y en general de la europea, especialmente la de su tiempo, que de la norteamericana, pero él solía hablarme largamente, con entusiasmo contagioso, sobre el gran humorista amigo de su padre, y aun más largamente, sobre Chauncey Depew (se pronuncia Dipiú), a quien mi tío había conocido en persona, y tenido el placer, según decía, de oírle dar aménisimas conferencias y pronunciar divertidísimos discursos en banquetes —mi propio tío era un consumado "after dinner speaker"— porque realmente el escritor americano más popular en ese tiempo, el charlista más cotizado en los Estados Unidos, al decir de mi tío, era una maravilla. En realidad —y, desde luego, con las correspondientes diferencias ambientales— debe haber sido una especie de García Sanchíz a la americana. ¡Extrañas e inestables asociaciones las que hace el gusto de los tiempos! Hoy Mark Twain es un clásico, un mojón permanente, mientras Chauncey Depew pertenece al olvido.

Entre los más asiduos visitantes de la casa de mi abuelo —que estaba siempre abierta y en la que entraba toda clase de gente como a su casa— el más fanático americanista era cierto escritor que sólo estaba temporadas en la ciudad porque vivía ordinariamente en Nueva Orleans o en San Francisco de California. Tenía una presencia muy distinguida, mucha prestancia, aunque con aire algo altanero, acaso clínico, un rostro intelectual, inteligente, adornado de una barbilla mefistofélica, muy bien cuidada, la que se acariciaba casi continuamente con una mano aristocrática y nerviosa. Siempre que se exaltaba, que viene a ser lo mismo que decir siempre que hablaba —era intolerantísimo y la menor contradicción lo enfurecía— se ponía de pie instantáneamente y empezaba a pasearse y a golpear el suelo con su bastón. Impresionados por su actitud, todos callaban y él se lanzaba a monologar con extraordinaria elocuencia y viveza, dándole rienda suelta a su admiración por los Estados Unidos y por todo, absolutamente todo lo "americano", en una forma enteramente desmesurada. Imaginando contradictores inexistentes —pues

¡ay de aquel que se le enfrentara!— los destrozaba sin misericordia. País civilizado no existía más que uno: los Estados Unidos; los demás eran todos atrasados, casi salvajes o completamente salvajes como México, que constituía, para él, la medida del salvajismo. Cuando recordaba que había cafres, que había hotentotes, que había mexicanos, que se imaginaban —estaba entonces de moda imaginárselo— que el Japón era un rival peligroso de los Estados Unidos, al punto llegaba al climax de la exaltación y describía con imágenes apocalípticas la suerte que correría a aquella absurda isla de monos. Anunciaba que sería literalmente borrada del mapa, hecha desaparecer bajo el océano por los más tremebundos bombardeos imaginables practicados con secretos explosivos y nunca vistas bombas, en lo que no anduvo muy descaminado como pudimos verlo muchos años después de sus profecías. Nunca estuvo en Europa, pero tenía de ella la peor idea, sobre todo porque, según decía, allá era casi completamente desconocido el baño. Los europeos, salvo los que ya estaban americanizados, esto es civilizados, no se bañaban. Las multitudes europeas eran hediondas, piojosas, miserables, compuestas puede decirse de mendigos. Fanáticas, supersticiosas, ignorantes, estaban sometidas a tiranos, a políticos corrompidos, a curas. Las mujeres europeas eran generalmente gordas, pequeñas, feas, con bigotes, sucias y mal vestidas, esclavas de los hombres, casi como una especie distinta de las americanas.

Daba gusto oírle hablar de las americanas. Una insignificante camarera de hotel, cualquier sirvienta de restaurante en Nueva Orleans, Nueva York o San Francisco era más bella, mucho más elegante, realmente más aristocrática que la más empingorotada de las princesas europeas. Una noche, recién llegado por la primera vez a Nueva Orleans, miró en el "lobby" del hotel a una mujer divina. Una criatura sobrenatural, como un ángel bajado del cielo, pero también una real hembra, una Venus de Milo, una beldad de carne y hueso —amplia, supongo yo, como seguramente a él le gustaban— y ¡qué formas! ¡qué carnes! ¡qué complexión! ¡qué piel!, blanca, rosada, fresca, como el cutis de un niño americano, como amasada de pétalos de rosa; el pelo de oro puro, los ojos ¡ah los ojos! de un azul purísimo; los dientes de una blancura deslumbradora; vestida como una reina: un sombrero de plumas, guantes de punto hasta los codos, corriel de plata, el traje parisiense; una figura de Charles Dana Gibson; las piernas largas, torneadas, llenas de vida, entrevistadas por un corte vertical de la falda —¡jamás había visto piernas tan escultóricas!—; los zapatos finísimos; el andar decidido, triunfal y al mismo tiempo deportivo; en fin, una mujer toda refinamiento y naturalidad. Era una joven dama de la alta sociedad, toda una joven "lady"; hija seguramente de un millonario de Nueva York o de Chicago. ¡Qué Victoria de España! ¡Qué Elena de Montenegro! ¡Qué María de Rumania! Cuál no sería su sorpresa, la mañana siguiente, al ver a aquella divinidad —¡no, no! no era mentira, aunque no lo creyeran— vestida con el uniforme de mesera, sirviéndole el desayuno. —¡Esto no pasa en otra parte!— gritaba el escritor, golpeando el suelo con su bastón—. ¡Qué va a pasar! ¡Ni en Londres! ¡Ni en Madrid! ¡Ni en París! Esto sólo sucede en un país donde las criadas son como reinas. A mí, ni-

no apenas salido de los cuentos de hadas, tal desenlace me producía un efecto deprimente: no me gustaba que esas divinas reinas resultaran criadas. Me parecía un cuento de hadas al revés, precisamente lo contrario de la Cenicienta.

Los grandes hoteles americanos lo deslumbraban: eran más elegantes —a la palabra “elegante” le daba un sentido mágico— que todos los palacios de Europa juntos; y en cuanto a cómodos, nada en el mundo se les podía comparar. El “confort”, como todos sabían, era un invento americano que no existía en ninguna otra parte. Fuera de los límites de los Estados Unidos, no se encontraban más que hoteluchos mal olientes, infestados de chinches. Todo brilla, todo reluce, en cambio, en los hoteles americanos, no hay ni una brisna de basura por ningún lado; un ejército de muchachos uniformados los mantiene como una patena. Las toallas, renovadas tres veces al día; la ropa de cama, toda de lino, diario. ¿Y qué desea uno que no lo obtenga inmediatamente desde su cuarto? ¿Quiere mandar un ramo de flores a una amiga? ¿Beber whiskey con soda, tomar una medicina, leer el periódico, saber la hora, llamar un detective, pedir un taxi? Lo que uno quiera: no hay más que tomar el teléfono que está junto a la cabecera de la cama. Horas, días enteros, monologaba en ese tono sobre las comodidades, las facilidades, la pasmosa eficiencia, la riqueza, el poderío y la civilización sin par de los Estados Unidos. Hoy se me hace difícil comprender que haya existido una persona tan desprovista del sentido de proporción. ¿Arquitectura? —preguntaba. ¿Había acaso imbéciles que se atrevieran a discutir la arquitectura americana? Los bancos americanos eran exactas reproducciones del Partenón y en las ciudades grandes y pequeñas de los Estados Unidos se encuentran todos los estilos del mundo. ¿Conocen el China Town de San Francisco? ¿Han visto las pagodas de Filadelfia? ¿Han visitado las residencias de Park Avenue? En las terrazas de los rascacielos hay palacetes más primorosos que los más célebres del Renacimiento. Aunque escribía en un estilo vigoroso y claro —“elegante”, como él diría— estaba lejos de ser artista, y su ignorancia, me parece ahora, resultaba tan grande como su aplomo. Entiendo que ignoraba lo que era arquitectura, carecía de auténtica sensibilidad poética, no tenía ninguna cultura musical, nada sabía de pintura y sospecho que interiormente despreciaba las artes. Algo había leído de literatura inglesa, pues solía citar trozos de Shakespeare —cosa corriente, como ya dije, entre los granadinos de su generación— y comentar con familiaridad sus dramas principales. Alguna vez, algo más tarde, le oí expresarse con entusiasmo acerca de Carlyle, cuyo Sartor Resartus ponía por las nubes, pero la abundancia y la rigidez de sus prejuicios lo incapacitaban como crítico literario. Decía que la literatura norteamericana, si bien se hallaba apenas en sus comienzos, estaba ya a mil codos por encima de la de América Latina. Frecuentemente se refería a Daniel Webster, a Canning, al Reverendo Henry Ward Beecher y a Harriet Beecher Stowe, poniéndolos a todos por igual y a la par de Emerson, de quien hablaba con mucho menos entusiasmo que de Webster. Años después, cuando yo estaba en los Estados Unidos, sostuvo una polémica con un amigo y compañero mío que había dicho de aquel país, en un periódico de Managua, que más o

menos era un pueblo bárbaro sin escritores ni poetas realmente universales, ya no digamos comparables a los europeos, pero ni siquiera a los de la América Latina. Mi amigo era muy joven todavía, y aún no estaba enterado de cual había sido la auténtica literatura norteamericana del Siglo XIX, ni de la profunda revolución literaria de nuestro tiempo en los Estados Unidos, que tanta influencia y resonancia tendrían en el mundo moderno. Creo que su opinión se la había formado en París, poco tiempo después de pasada la primera Guerra Mundial, pues así se pensaba por entonces en Francia y, por lo mismo, en el resto de Europa, no sólo entre el gran público lector de libros, sino también entre la mayoría de los escritores y críticos literarios. Si mi memoria no me engaña, la principal autoridad aducida por mi amigo en aquella polémica, fue la del novelista Paul Bourget en su libro “Oùtre-Mere”, ya bastante inactual en esos mismos días. El viejo polemista granadino pudo haber obtenido una fácil victoria sobre su joven contrincante, y aprovechar la oportunidad para darles a conocer a sus lectores lo realmente valioso de la literatura norteamericana. Yo, por lo menos, le dí el triunfo a mi amigo, aunque sabía, es claro, que la razón era del escritor americanista, quien no había sabido defenderla. Este echó mano de todos sus conocimientos y consultó, supongo algunos viejos libros y manuales para hacer sus artículos. Aparecieron, como era de esperarse, los Clásicos Standard —The Standard Classics— de la Nueva Inglaterra: William Cullen Bryant, Longfellow, claro, con máximos honores; Whittier y Lowell y el doctor Holmes. Su único punto fuerte fue, por supuesto, Poe, aunque tampoco supo sacarle toda la ventaja. El primer nombre en su Cuadro de Honor de la novela fue, según creo, el de la autora de La Cabaña del Tío Tom. Si hizo mención de Hawthorne, que no recuerdo, no le dio la importancia que tiene, pues de habérsela dado no se me habría pasado por alto y lo recordaría. De todos modos es indudable que él no había leído ninguna de sus novelas. Por lo demás, sospecho que no leía entonces más que artículos de revistas y diarios, aunque en su juventud es probable que hubiera leído algo de los filósofos de la Ilustración y, en general, de los escritores y poetas ingleses, franceses y españoles de los siglos XVIII y XIX que gozaban de prestigio en el círculo granadino de los Guzmanes al que debía su formación. Con la idea que yo conservo de su mentalidad y su carácter, mi opinión es que desdeñaba la novela como género literario, y en la práctica, no le gustaba leer novelas, ni tenía paciencia para leerlas. Tampoco puedo asegurar que el viejo polemista haya sacado a relucir al que entonces llamaban en los Estados Unidos, jugando con su nombre, pero también honrando sus años y sus méritos, Decano de las Letras Americanas, William Dean Howells. Claro está, sin embargo, que se hizo lenguas de Mark Twain, exaltándolo como gran humorista, aunque no como autor de Huckleberry Finn. Ni una palabra, en cambio, sobre Melville, ni sobre Henry James, por no pasarnos de la raya del siglo pasado, no obstante que la polémica tuvo lugar, si la memoria no me falla, en 1926 ó 27, precisamente en vísperas de que la poesía norteamericana empezara a ejercer una influencia decisiva en la nicaragüense. Sólo muy de pasada, como si fuera a pesar suyo, el defensor de la cultura “americana”, se refirió a Walt Whitman. Todo me hace pensar que no era

de su gusto, o mejor dicho, que no lo entendía. La verdad es que el escritor y polemista, que yo tanto admiraba en mi infancia, en ciertas cosas por lo menos, era más bien un hombre del siglo XVIII que del XIX, y más del XIX que del XX. Naturalmente que esto, si alguien se hubiera atrevido a decírselo, le habría puesto literalmente fuera de sí, porque pensaba que él era el hombre más adelantado de Nicaragua y el mayor enemigo de todo atraso. En ciertas actitudes, sin embargo, en ciertos gestos, se parecía al doctor Johnson. Pero lo mismo que con la novela, creo que le pasaba con la poesía: que no le gustaba. Nunca había pasado, en esa dimensión, de los versos románticos que impresionaron su adolescencia y sus mocedades. En contraste con la aparente aspereza de su carácter, lo que tenía por más poético, si no estoy engañado, era lo más idealizado, lo más cargado de dulzura y aun de melosidad. Lo que solía repetir de Shakespeare no era, como los otros, algo de Hamlet o de Macbeth, sino la escena de la ventana en Romeo y Julieta. Admiraba en extremo a Lord Byron, pero me llama la atención que yo sólo le oí hablar de Childe Harold, no una vez sino varias, y ni una sola del Don Juan. El colmo de lo bello, porque así me lo dijo, le parecía un verso de Longfellow que llama a las estrellas "los nomeolvides de los ángeles" —"the forget-me-nots of the angels"—. Si le gustaba la poesía era más bien de modo superficial, por razones circunstanciales o calidades extrapoéticas, ajenas a lo esencial de la misma poesía, a lo que en realidad la constituye, y por lo tanto, no hemos de creer que la tomara realmente en serio. De aquí es posible deducir que, en el fondo, lo daba lo mismo que existieran o no en los Estados Unidos escritores y poetas dignos de compararse con los de Europa o los de la América Latina. Para él, seguramente, aunque no lo dijera, la civilización americana podía prescindir de la poesía y demás zarandajas. Si se hubiera atrevido a decirlo, habríamos sabido lo que pensaba del hombre y de la vida. Pero, tal vez, él mismo no lo sabía.

Allá al principio, cuando las peroratas del escritor me impresionaban tanto que me quedaba después preguntando si de verdad Europa era tan atrasada y los Estados Unidos tan superiores, mi madre me hacía ver que aquel señor exageraba porque se acaloraba demasiado al hablar, y también era un hombre exagerado por su temperamento, que ni siquiera conocía Europa, aunque tal vez los Estados Unidos fueran, como él lo aseguraba, lo más adelantado que existía en el mundo, el más grande, el más rico de todos los países, el más moderno, pero esa misma modernidad se debía a que apenas estaba empezando, y por más que dijeran, no pasaba de ser un pueblo joven en que todo era nuevo, y —esto me lo decía con ese don que tienen las personas de su familia de decir tales cosas sin el menor asomo de pedantería— a los Estados Unidos les faltaba historia. Recordaba lo que ella me había contado de la historia de Francia, de sus propios recuerdos de París y de Roma y del Papa León XIII a quien mi madre había visitado en compañía de las monjas del Sagrado Corazón, cuando en la Basílica de San Pedro fue canonizada la fundadora de aquella orden; y yo pensaba que era una lástima que en los Estados Unidos no hubiera habido reyes, ni santos, ni papas, ni castillos provenzales, ni palacios de Versalles, ni jardines

de Le Notre, ni catedrales de Notre Dame, ni basílicas de San Pedro, ni Santa Genoveva, ni San Luis Rey de Francia, ni Juana de Arco, ni Mirabeau, ni Napoleón, ni fábulas de La Fontaine. Más o menos las mismas cosas que andando el tiempo vine a saber que ya había echado de menos Henry James. Por aquel tiempo se habló de enviarme a Nueva Orleans a casa de mis tíos que allá vivían, con la intención de darme así una educación "americana" desde pequeño, pero el proyecto no quedó en nada, y yo, en cambio, guardé siempre un deseo de conocer los Estados Unidos y una costumbre de viajar por ellos con la imaginación. Ni algunos viajes hechos por mí después, ni temporadas que allá he vivido, han sido suficientes para quitarme las ganas de volver, ni la costumbre de recorrerlos imaginariamente. Tengo la sensación de que no los conozco, pero que necesito conocerlos —dar con la clave de su secreto, si es que lo tienen— y eso mantiene viva mi curiosidad. Tal vez por eso lea todo lo que se escribe en los Estados Unidos o acerca de ellos —siempre que, por supuesto, caiga en mis manos. No tengo empacho en confesar que a mí me gusta más la literatura norteamericana que la de nuestra América Latina, y que en muchos aspectos la considero francamente superior a ésta. Lo curioso es que no me gustan los Estados Unidos, o por lo menos no he podido lograr hasta ahora que me guste de veras la realidad norteamericana, si no es vista a través de su literatura. Pero éste es un problema que aquí no puedo profundizar. Me alejaría demasiado del mundo de mi infancia.

Cuando mi tía regresó de Nueva Orleans con su familia, vivieron algunos meses en casa de mi abuelo, y esto fue para mí como si el país de donde venían lo trajeran con ellos. Traían grandes baúles de regalos, especialmente de juguetes —cámaras fotográficas, anteojos de larga vista, cajas de ceras de colores para modelar, cajas de magia, cajas de maravillas, cajas de un colorido, de un esplendor y de un misterio que sólo un niño puede entender, cajas de una belleza para mí entonces deslumbradora— y aún puedo volver a percibir, cuando me lo propongo, aquel olor inolvidable a cosa nueva, a cosa "americana", el inédito olor de aquellos envoltorios y paquetes sacados a nuestra vista de los cajones y baúles, el excitante olor de las manzanas, las peras y las uvas, de los confites y los chocolates y el olor de las revistas y de los libros "americanos" que todavía me llena de entusiasmo como a un galgo el olor de la presa. Los niños de mi tía llegaron acompañados de una niñera negra, llamada Georgia, que únicamente por amor de ellos, tuvo valor para desafiar los peligros del viaje a Nicaragua, para ella fabulosos, pero por más esfuerzos que hizo le fue imposible adaptarse al país, porque le habían hecho creer en Nueva Orleans que todos los reptiles y casi todos los insectos de los trópicos eran venenosos, y la pobre vivía, naturalmente, bajo el terror. Con ella y con los niños aprendí a hablar inglés con bastante soltura, pero después de marcharse la negra, tanto mis primos como yo, lo olvidamos. Aunque su padre hablaba el inglés de la Nueva Inglaterra, sospecho que los niños hablaban con su niñera el inglés que ella hablaba, y lo que yo aprendí con ella y ellos, fue el inglés de los negros de la Luisiana, es decir, más o menos, el de los cuentos de Uncle Remus. Además de mi abuelo y mis tíos políticos, casi todos los

primos de mis tías y algunas de ellos, hablaban el inglés con mayor o menor facilidad y corrección y sin embargo, no era costumbre entonces, como hoy empieza a serlo, según parece, para ciertos nicaragüenses, hablar inglés y no español entre ellos mismos. Únicamente porque le gustaba y temía olvidarlo si no lo practicaba, mi abuelo sostenía todos los días de las dos a las tres de la tarde, en su botica, una conversación en inglés con su amigo Mister Calorie, un negro muy respetable originario de Jamaica, que se ganaba la vida en Granada enseñando aquel idioma. Pero en la casa de mi abuelo, como decía, no se hablaba el inglés más que en el círculo infantil de la niñera negra, por la simple razón de que ésta no sabía ni una palabra de español y, por lo mismo, al faltar ella, no hubo ya más necesidad de expresarse en su lengua, que mis pequeños primos olvidaron con la misma facilidad con que aprendieron la del país. Cuando entré al internado y empecé a interesarme en dos o tres de las materias que se enseñaban en la intermediaria, puedo decir que perdí casi todo contacto con los Estados Unidos, salvo a través de algunos memorables poemas norteamericanos que leí traducidos al español, porque a pesar del inglés que estudiaba en el colegio y de que no era en esta materia el último de la clase, no podía leerlos en el original. De no haber sido, sin embargo, por aquellos poemas, probablemente habría perdido, al salir de la infancia, el interés y la simpatía por todo lo "americano" que sentía en la casa de mi abuelo, y tal vez terminado sintiendo por los Estados Unidos lo mismo que mi padre, como hoy no es raro entre intelectuales latinoamericanos. Mi amor a los Estados, en realidad lo debo a sus poetas, y no es distinto de mi amor a los mismos y a su poesía ¿pues qué otra cosa es ésta sino lo que hace que amemos algo?

Aprendí a amar a Poe en los modernistas latinoamericanos, en Rubén sobre todo, y luego en los franceses —Baudelaire, Mallarmé y Valéry— a quienes todos debemos su culto, pero lo que hay en él de específicamente americano, tardé bastantes años en descubrirlo. Lo encontraba extranjero en su país natal, donde su sensibilidad me parecía fuera de ambiente; cuya vida y paisaje, además, él no refleja, encerrado como se encuentra en su exclusivo mundo interior. Su poesía, por otra parte, aunque se ha traducido más que otra alguna, es la música misma de la lengua inglesa, y por lo tanto intraducible. El propio Baudelaire se limitó a dejarnos únicamente una versión en prosa de los versos de Poe. Whitman, por el contrario, el más "americano" de los poetas norteamericanos, tal vez el único poeta ciento por ciento "americano", inconcebible fuera de su país, es sin embargo, fácil y totalmente traducible. Su poesía fue para mí desde el principio y, en cierto modo, aun sigue siendo, los Estados Unidos. Exaltaba hasta el máximo, elevaba a la quinta potencia y transformaba en un tipo más alto de realidad —como vista a través de un microscopio lente de aumento— la ingenua idea de los Estados Unidos que me inspiraron los baúles de juguetes de mi tía y los monólogos del escritor que visitaba la casa de mi abuelo. Descubrí a Whitman en no recuerdo qué cantos suyos, traducidos por Amado Nervo, y la impresión que me produjeron fue, como ya lo he contado en otras ocasiones, la del descubrimiento repentino de un mundo insospechado, maravillosamente nuevo, con infinitas po-

sibilidades y prodigiosas energías, pleno de vida y alegría, juventud y esperanza. A pesar de ser Nervo lo menos "whitmiano" posible, los tres o cuatro cantos de Whitman por él traducidos, comunicaban una amplitud de proporciones continentales, con inmensos espacios abiertos y horizontes ilimitados, un poderoso aliento oceánico, lleno de la potencia y la frescura de los vientos del mar soplando sobre las playas, y el ritmo de las olas y las mareas en todos los Estados Unidos, un coro unánime de millones de voces, una visión profética y multitudinaria de incontenibles pueblos en marcha, que me dejaban más emocionado que los grandes espectáculos de la naturaleza, y fueron para mí el descubrimiento, mejor diría, la revelación del mundo americano. Eran en realidad, el sueño americano, o si se quiere, el mundo americano en gestación visto por la poesía de un bardo casi primitivo. Lo difícil ha sido después, para mí por lo menos, el pertinaz empeño de conciliarlo con la presente realidad americana. A veces pienso que no ha sido otro el tema principal de la literatura norteamericana en nuestro tiempo: la confrontación del sueño y la realidad de los Estados Unidos. Nada de esto me preocupaba, desde luego, cuando leí las traducciones de Amado Nervo. Complementadas con una foto, me dejaron la idea de un Walt Whitman parecido a Moisés, pastor de pueblos, con blanca barba al viento y cayado taumatúrgico, que aún no he perdido por completo y que no es totalmente inexacta. Me imaginaba al bardo de todo un continente, creando con la potencia de sus cantos todas las cosas confundidas en el seno del caos, dando nombres y formas al nuevo cosmos. Walt Whitman es el creador de América —pensaba en mis momentos de exaltación. Leí también entonces las traducciones de "Las Brisas de Hierba" que hizo Armando Vasseur y me decepcionaron: las hallé secas, descoloridas, y así las he vuelto a encontrar en lecturas posteriores, y sin embargo algo quedaba en ellas del verdadero Whitman que luego he conocido. En las mismas versiones de Vasseur, los Estados Unidos se me aparecían concretamente en un aspecto poético del que ninguno me había hablado: me imaginaba abigarradas multitudes invadiendo pacíficamente territorios sin límites, cruzando inmensos ríos, explorando las playas de lagos enormes, poblando golfos y bahías en nuevos mares, talando bosques, fundando granjas y plantaciones, arando el suelo, regando las semillas en los surcos, plantando estacas de árboles frutales y formando jardines, arreando sus partidas de ganados y sus rebaños en las vastas praderas de pastos naturales, edificando por todas partes millares de aldeas y grandes ciudades trepidantes de maquinarias y de vehículos; todos los pueblos y las razas del mundo dándose cita en una nueva Tierra Prometida, para llegar a ser, tal vez, después de tantos sufrimientos, alguna vez, al fin, felices. ¡1924! Veinte años antes de Hiroshima.

Muchos jóvenes granadinos iban entonces a París con el objeto de aprender lo que tal vez podían aprender mejor en los Estados Unidos: la manera de ganarse la vida. Creo que era yo el único que deseaba precisamente lo contrario, ir a los Estados Unidos a buscar lo que sólo se hallaba en París, según decían los poetas: una nueva poesía, una nueva manera de ver la vida. Pese a todos los desengaños, no estoy seguro todavía de haberme equivocado.